602:4

EL NONO NO DESEAR...

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. JOSÉ BARREDA Y PASCUAL.

Ia°

Estrenado con aplauso en el Teatro de la Libertad la noche del 19 *de Febrero de* 1871, *á beneficio del primer galan jóven D. Francisco Troyano.*

VALENCIA.
Imprenta de V. Daroqui, Portal de Valldigna, núm. 12.
1872.

Esta obra es propiedad del autor. Los representantes de la galería *La Edetana*, son los esclusivos encargados de cobrar los derechos de representacion.

Á FRANCISCO TROYANO.

Querido amigo: A tí que con especial interés miras cuanto de mi pobre pluma sale, quiero dedicar este sencillo juguete. Recíbelo pues como una prueba de la cordial amistad que desde nuestra infancia nos une.

PEPE.

M P

REPARTO.

PERSONAS.	ACTORES.
Juan.	Sr. Troyano.
Salvadora.	Sra. Agosti.
Ricardo.	Sr. Cirera.
Una criada.	N. N.

La escena es en Valencia.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa una sala amueblada con decencia, un costurero, puerta al foro que comuica con habitaciones interiores; puertas laterales, la de la derecha se supone que dá salida á la calle. Al levantarse el telon aparece Juan, sentado, en mangas de camisa y con un periódico en la mano, mientras Salvadora le dá unas puntadas en un ojal del cuello de la camisa.

ESCENA PRIMERA.

Salvadora y Juan.

JUAN. Pero mujer date prisa
porque á la verdad me cansa
mantener esta postura
torcida.

SALVAD. Pues si llevabas
un ojal como una puerta
cochera, el boton de nacar
es demasiado pequeño,
y á no ser por la corbata,
era preciso que siempre
estuviese...

JUAN. Vamos, anda,
hazme un lazo sencillito,
de cualquier modo, y despacha
pronto, que estoy impaciente
por ver de qué modo acaba
el discurso que el ministro
dejó en la sesion pasada
suspendido.

SALVAD. Pero hombre,
quieres decirme qué sacas
de mezclarte en la política?

JUAN. ¿Qué saco? Mucha importancia,
que quien no habla de política

siempre es de esfera mas baja,
y sabe que si tubiera
yo un poco de diplomacia
puede ser que á cierta altura
ya mi persona brillara.

SALVAD. ¿Hablas serio ó va de broma?

JUAN. Tómalo en serio ó en chanza;
Tantas notabilidades
vemos hoy improvisadas,
que no estrañaré algun dia
ser ministro ú otra ganga.

SALVAD. ¡Ay tonto! Cómo te ciega
esa tentadora farsa
que política llamais,
y es una doctrina mala,
la rival de las esposas,
el cáncer de....

JUAN. Mujer calla,
si yo en mi vida he pensado
en ser gobierno, ¡caramba!
Yo gobernar la península?
Tú crees que no has dicho nada.
Pues no te gobierno á tí,
mi península adorada?
Y no hay duda que tú eres
península de oro y plata
unida á mí por un itsmo
que lazo nupcial se llama.
Mira, ya dejo el periódico;
estás contenta?

CRIADA. (*Saliendo.*) Una carta
han traido señorito. (*vase.*)

JUAN. A ver, de Madrid, ¡caramba!
Tiempo ha que no he recibido... (*lee.*)

SALVAD. Tiempo ha me diste palabra
de llevarme á ver Madrid
y ya pierdo la esperanza.

JUAN. (Va á venir, no es mal apuro,
válgame la vírgen santa,
y mi mujer que no sabe...)

SALVAD. Trae alguna cosa mala
ese papel?

JUAN. Una cosa
que me pone entre la espada
y la pared.

SALVAD. ¿Sí? ¿Cuál es
la cosa que así te ata?

JUAN. Te lo diré, pues preciso

es que no te oculte nada.
En los años que en Madrid
junto con mi padre estaba,
conocí á un muy su amigo
que lo era desde la infancia.
Tenía cincuenta años,
y una suerte tan aciaga
con las mujeres, que tuvo
la formidable desgracia
de casarse cinco veces,
y de todas cinco en masa
nunca supo á punto fijo
cuál fué la mujer más mala.
De tal modo escarmentado,
juró y dió formal palabra
de no aconsejar á nadie
del mundo que se casara.

SALVAD. Pero eso no nos importa.

JUAN. Ahora entra lo nuestro, aguarda.
El cariño que á mi padre
aquel hombre profesaba
fué base para que á mí
con buenos ojos mirara,
y allí donde me veía
siempre con la misma máxima
me venía, «no te cases
que es una mala jugada,
mira, estudia para cura
y ya verás lo que ganas.»
Mas yo nunca quise serlo,
y viendo que me negaba
dijo un dia: «quiero darte
una prueba grande y clara
de que me intereso mucho
por evitar tu desgracia;
cinco mil duros en dote
prometo darte sin falta
si no casarte me juras.»
Yo juré sin mirar nada,
firmé luego una escritura,
tomé el dinero, y en marcha
me puse y me vine aquí.
Despues fuí un dia á tu casa
de visita, y sin pensar
tropecé con tu mirada,
y me quedé enamorado.
Fuí á pedir tu mano blanca
á tu padre, me la dió,

nos casamos y aquí acaba
el cuento; quiere decir
que he faltado á mi palabra.

SALVAD. Y siempre me has ocultado...

JUAN. Me obliga á hablar esta carta.
Dice: «Amigo Juan Cantero;
para esa provincia marcha
hoy en el mismo correo
en que remito esta carta,
mi hijo, á quien he encargado
que vaya luego á tu casa;
en tanto amigo soltero
al viudo de cinco manda.»
Míralo, amigo soltero,
lo dice en letras bien claras;
ya ves, de un momento á otro
ese hombre aquí se nos planta
y es preciso que no sepa
que conmigo estás casada,
porque cinco mil durejos
no son para echar al agua.

SALVAD. Pero cómo...

JUAN. Muy sencillo,
diremos que eres mi hermana,
y luego á Madrid se vuelve
sin saber una palabra.

SALVAD. Y si él por otra parte
descubre...

JUAN. No sabrá nada;
y ten presente tambien
si con él á solas hablas
de usar tono de soltera.

SALVAD. De soltera ó de casada
no es igual?

JUAN. Bien, si es igual,
cierta esquivez usa. (*Suena la campanilla.*)

SALVAD. Llaman.

JUAN. Pues retírate enseguida.

SALVAD. Y eso?

JUAN. Que abra la criada
y yo le recibiré,
porque será el de la carta
y quiero me encuentre solo.

SALVAD. Pero eso porqué?

JUAN. Por nada.

SALVAD. Es un capricho y no quiero...

JUAN. Pues á mí me dá la gana.

SALVAD. Eso es ser antojadizo. (*campanilla.*)

JUAN. Que no habre esa criada?
SALVAD. Es fácil que haya salido...
JUAN. Retírate.
SALVAD. Pero...
JUAN. Anda. (*Vase Salvadora.*)

ESCENA II.

Juan y Ricardo.

RICARDO (El es, ya le veo allí.)
Amigo Juan.
JUAN. Adelante
amigo mio.
RICÁRDO Al instante
de verle, le conocí.
JUAN. No es estraño.
RICARDO Cómo vá
de salúd por aquí?
JUAN. Bien,
y usted?
RICARDO Yo bueno tambien
á Dios gracias.
JUAN. ¿Y el papá?
RICARDO El papá de dia en dia
mas grueso, nada le inquieta,
agarrado á la escopeta
siempre está de cacería.
Toma á bien, ninguno á mal,
de la vida los azares,
y es, evitando pesares,
su vida, patriarcal.
JUAN. Está bien pensado, sí,
mi enhorabuena le doy,
mas, aunque indiscreto soy,
cómo está usted por aquí?
RICARDO Tenia que ventilar
un negocio, y he venido
porque de paso he querido
esta ciudad visitar.
JUAN. Saldrá usted desengañado
si formó ilusion, pues creo
que todo lo hallará feo
á Madrid acostumbrado.
RICARDO No, que tengo de Valencia
la idea mas alagüeña.
JUAN. Una ciudad es pequeña
con la córte en competencia.

RICARDO Es preciso respirar
aire mas purificado,
aire de mar, no el viciado
que allá nos suele soplar.
He oido hablar de Valencia,
donde todo son jardines,
las mujeres serafines,
y... confieso mi impaciencia
por respirar el aroma
de esos campos de verdura
y la brisa fresca y pura
que en todas partes asoma.

JUAN. Sí, la huerta es muy hermosa;
mas hablando me olvidé
que estará cansado y que
tomar querrá alguna cosa.

RICARDO No se incomode por mí
que no tengo gana.

JUAN. ¿No?
Cualquier friolera.

RICARDO Yo
lo agradezco mucho.

JUAN. Aquí
tendrá usted su habitacion;
vamos, se la enseñaré.

RICARDO No se incomode porque
no quiero tanta atencion.

JUAN. No tal.

RICARDO Gracias, ya está bien.
Y dígame usted amigo,
¿vive usted solo?

JUAN. Conmigo
vive mi hermana tambien.

RICARDO ¡Ah..! pues debo saludarla;
hombre, si yo no sabía
que tal hermana tenía.

JUAN. Aguarde, voy á llamarla;
Salvadora.

RICARDO ¿Es valenciana?

JUAN. Si señor.

RICARDO Me alegro pues.
(Polla en casa, suerte es.)

SALVAD. Llamabas? (*saliendo.*)

JUAN. (Eres mi hermana.)

ESCENA III.

Juan, Ricardo y Salvadora.

SALVAD. (Ya.)
JUAN. (Que te portes espero.)
RICARDO (Caramba, si es muy bonita.)
Saludo á usted, señorita.
SALVAD. Dios guarde á usted, caballero.
RICARDO (Preséntеme usted.)
JUAN. (Ya voy.)
RICARDO (Qué línda es esta mujer.)
JUAN. Don Ricardo Belenguer;
el presentártelo hoy
tengo por felicidad
y dicha; mi amigo es,
que lo sea tuyo.
SALVAD. Pues
me honra con su amistad.
RICARDO La honra es mia, señorita,
que de su hermosura el sello
dice que lo dulce y bello
en su corazon palpita.
SALVAD. Y si usted se equivocara?
RICARDO La equivocacion sintiera,
y entonces diría que era
engañadora su cara.
SALVAD. Tal vez.
RICARDO La duda no entiendo.
SALVAD. Porque no?
RICARDO Porque no cabe.
SALVAD. No cabe?
RICARDO No.
SALVAD. Usted lo sabe?
RICARDO Sin saberlo lo comprendo.
SALVAD. ¡Oh, cuánta amabilidad!
RICARDO Gracias.
SALVAD. Es usted galante.
RICARDO Quede, pues, desde este instante
firmada nuestra amistad.
SALVAD. Con mucho gusto. (Dándose la mano.)
JUAN. (Ya empieza.)
RICARDO Al par que su mano estrecho,
queda grabada en mi pecho
la imágen de su belleza.
JUAN. (Cómo le aprieta la mano.)
RICARDO Será usted mi amiga?
SALVAD. Sí.

RICARDO Desde hoy disponga de mí
como si fuese su hermano.
Al verla, en mi corazon
he sentido un movimiento...
SALVAD. Qué?
RICARDO (Su hermana es un portento
de...)
JUAN. Sí tiene usted razon.
(Durará la farsa mucho?)
RICARDO (Soy felíz porque la he visto.)
SALVAD. (Me requiebra.)
RICARDO (La conquisto.)
SALVAD. (Es muy tonto.)
RICARDO (Soy muy ducho.)
Usted mi estrella será.
SALVAD. Yo?
RICARDO Clavado siento un dardo
aquí.
JUAN. Vámonos, Ricardo?
RICARDO Usted lo conocerá,
que no es fácil que reporte
esta impresion ni la venza.
JUAN. (Este hombre, la vergüenza
se la ha dejado en la córte.)
SALVAD. No me hable usted de ese asunto,
porque si no creeré...
RICARDO Está bien, nada diré;
por ahora hagamos punto,
que ya diré á usted mi afan
en mejor ocasion y hora.
Siempre á sus pies, Salvadora.
A su disposicion, Juan.
JUAN. Vamos pues. (Estoy corrido.
Qué papel que voy haciendo.)
RICARDO (Le he gustado, lo comprendo.)
SALVAD. (Digo, el nene es atrevido.)

ESCENA IV.

Salvadora.

Vaya un caso original,
y mi marido delante;
ese hombre, ó es un pedante,
ó no es un ser racional.
Al mismo tiempo él ignora
nuestro enlace, considera
que yo debo ser soltera

y tranquilo me enamora.
Por lo tanto, es inocente
si aquí algun delito existe,
porque el delito consiste
en nuestro estado aparente.
No obstante, aunque por su hermana
me tome, es mucha osadía;
y es que la prudencia hoy dia
anda siempre muy lejana.
Y este señor cortesano
por lo galan se presenta,
veremos si representa
bien, Juan, el papel de hermano.

ESCENA V.

Salvadora y Juan.

JUAN. ¿Qué te ha dicho tan bajito
que no he podido escuchar?
SALVAD. Quien? Tu amigo?
JUAN. Sí.
SALVAD. A mí? Nada.
JUAN. Cómo nada? Algo será.
SALVAD. (No, pues por más que pregunte
no le digo la verdad.)
JUAN. ¿Qué dices?
SALVAD. Ya te lo digo,
nada de particular.
JUAN. Me marcho, pero ahora mismo
de vuelta estaré aquí ya;
y si saliese Ricardo
que se espere, y tú te vás
á tu cuarto hasta mi vuelta.
SALVAD. Descuida que así se hará. (*Vase Juan.*)
Nunca le he visto tan serio
y agitado, pobre Juan;
pero eso es solo un arranque,
y pronto le pasará.
Yo he de aparecer soltera,
y Ricardo es natural
que venga á hablarme de amores
y no le he de desairar.
Mas mi marido se irrita,
y es él quien me obliga á tal,
vamos, estoy conociendo
que es un inocente Juan.

ESCENA VI.

Salvadora y Ricardo.

RICARDO (Sola está, buena ocasion,
valor y serenidad.)
Señorita...
SALVAD. Caballero...
RICARDO Si usted me permite entrar...
SALVAD. Si señor, pase adelante.
RICARDO Gracias, mujer celestial.
SALVAD. Celestial?.. Esa lisonja...
RICARDO Esto no es lisonja, cá!
es merecida justicia.
SALVAD. Niego.
RICARDO Lo voy á probar.
Mujer celestial he dicho,
y no me volveré atrás,
que toda mujer que ostenta
cual usted, tan linda faz,
oirá de aquel que la mire,
¡es un ángel!
SALVAD. No es verdad.
Angel! sería un absurdo,
solo en el cielo...
RICARDO Ahí está;
Angel mujer y en la tierra,
luego es mujer celestial.
Y á no serlo, dificulto
que así pudiera imperar
cual imperando sus ojos
en mi corazon están;
ojos que despiden flechas
de amor puro á no dudar,
ojos que hieren, que matan,
ojos que...
SALVAD. Já... já... já...
RICARDO Cómo! Lo toma usté á risa?
SALVAD. Porqué no lo he de tomar?
¿No quiere usted que me ria?
Si es gracioso por demás
eso de amor y de flechas...
RICARDO Se burla usted?
SALVAD. Yo? No tal,
mas como no le comprendo...
RICARDO Déjeme usted acabar,
y le aseguro que luego
todo lo comprenderá.

Usted me ha habierto en el pecho
una herida que es mortal,
cuya cura, Salvadora,
tan solo en el cura está,
porque herida que amor abre,
con amor se ha de curar.
Yo la amo á usted con delirio.

SALVAD. Tan pronto?

RICARDO Amor es fugaz,
y sus destellos se estienden
como los del sol ó más.
En mí ha influido muy rápido,
al tiempo de ver, amar;
Ysi usted me corresponde,
verá con qué brevedad
la bendicion de la Iglesia
por siempre nos unirá;
y la llevaré á la córte,
centro de la sociedad,
satisfaré sus caprichos
y será mi...

SALVAD. Já... já... já...

RICARDO Otra vez se rie usted?

SALVAD. Claro porque al escuchar
esas cosas que usted dice,
¿á ver quién no reirá;?
más cuando busca el reir
á costa mia.

RICARDO No tal.

SALVAD. Y como me lo presumo,
comienzo á reirme ya.

RICARDO Es usted muy mal pensada.

SALVAD. Se acierta pensando mal.

RICARDO Por ahora no hay motivo.

SALVAD. Cuando menos se cree le hay.

RICARDO Acaso toma usté á broma...

SALVAD. No digo que á broma, mas...

RICARDO Mas qué? En nada se detenga.

SALVAD. Mas... se podria tomar.

RICARDO ¿Tengo yo cara de chanza?

SALVAD. De chanza? No, de verdad.

RICARDO Luego es que usted me desaira?

SALVAD. Cá..! Si no sé desairar.

RICARDO Entonces es que me ama.

SALVAD. Eso es otra cosa ya.

RICARDO Señora, si no se esplica...

SALVAD. Yo? De qué me he de esplicar?

RICARDO De sus ambiguas palabras.

SALVAD. No veo la ambigüedad.
RICARDO No he demostrado mi amor?
SALVAD. No basta con demostrar...
RICARDO Desconfía usted de mí?
SALVAD. Yo desconfiar? No tal.
RICARDO Verdad es cuanto yo he dicho.
SALVAD. Y yo lo creo verdad.
RICARDO Pues bien, dígame sí ó no.
SALVAD. Eso es otra cosa ya.
RICARDO ¿Cómo otra cosa? Usted diga
si corresponde á mi afan,
diga en qué aprecio me tiene
y así podré descansar.
SALVAD. Yo aprecio mucho á un amigo.
RICARDO Como amigo, y nada mas?
SALVAD. Bien, un poco más que amigo.
RICARDO Y ese más, cómo será?
SALVAD. (Este hombre me compromete.)
RICARDO Ese más puede llegar
á que sea usted mi esposa?
SALVAD. Eso es otra cosa ya;
porque para ser su esposa
me he de separar de Juan;
él no tiene más familia
que yo, ¿le he de abandonar?
RICARDO Usted, jóven y soltera,
que se case es natural;
hace su hermano lo mismo...
SALVAD. Ya sabe usted si podrá?
RICARDO Pues no ha de poder, señora!
Me parece á mí que Juan
con romper el compromiso
de una escritura...
SALVAD. Cabal;
y su papá, esa escritura...
RICARDO Me la entregó y aquí está. (*Sacándola del bolsillo.*)
Si es que usted no me desprecia,
si corresponde á mi afan,
si pronuncia usted un sí,
si hace mi felicidad,
rasgando este papelote
incoveniente no habrá
en que usted pueda ser mia,
y nos casamos, y en paz.
SALVAD. (Que la rasgue me conviene,
que así libre queda Juan
del compromiso que en ella
contraido tiene, vá!

aunque diga que le amo,
no debe saberle mal,
porque este es solo un negocio
diplomático y no más.)

RICARDO En qué piensa usted ahora?

SALVAD. En nada; en qué he de pensar?

RICARDO Y la respuesta que espero?

SALVAD. Esa respuesta...

RICARDO Cabal.

SALVAD. Yo la daría, mas temo...

RICARDO Qué teme usted?

SALVAD. Que quizá
usted lo diga de broma.

RICARDO Vá! Quién piensa en bromear?
He dicho á usted que la adoro,
y solo he dicho verdad.

SALVAD. Oh! Si fuera usted constante?

RICARDO Constante cual nadie habrá,
seré otro Diego Marcilla.

SALVAD. Pues no lo puedo negar,
Ricardo, en mi corazon
su amor penetrando vá.

RICARDO Gracias, rompo la escritura, (*Rasgándola y arrojando los trozos al suelo.*)
y me apresuro á estrechar
esa linda y blanca mano
que hará mi felicidad.

SALVAD. (Ya cayó en la ratonera.)

RICARDO Déjeme usted estampar
en ella un beso de amor. (*Besándole la mano.*)

SALVAD. (Anda tonto, bésala,
que lo tienes bien pagado.)

RICARDO Y otro, y otro, y más, y mas...

SALVAD. Basta, Ricardo, ya basta.

RICARDO Oh! Placer tan sin igual! (*Suena la campanilla.*)

SALVAD. (Mi marido.)

RICARDO ¿Qué?

Salvadora Mi hermano,
que ahora acaba de llamar.

RICARDO Voy á decirle enseguida...

SALVAD. Eso me sabría mal,
porque no quiero que sepa
que acorde conmigo está;
de cuanto aquí hemos hablado
ahora, si vé usted á Juan,
chiton.

RICARDO Seré mudo.

SALVAD. Adios. (*Vase.*)

RICARDO. Adios. Es particular.

ESCENA VII.

Ricardo, luego Juan.

RICARDO No sé en qué se fundará
que no quiere... tontería!
No obstante, yo haré la mía,
y lo que fuere saldrá.
JUAN. Estaba usté aquí Ricardo?
RICARDO Sí
JUAN. Lo siento pues.
RICARDO ¿Por qué?
Por mí no lo sienta usté,
hace muy poco que aguardo.
JUAN. Más vale.
RICARDO Y porque tambien,
aunque no es usted un viejo,
vengo á pedirle un consejo,
es decir, su opinion.
JUAN. Bien;
siéntese pues y sepamos
el punto de que se trata.
RICARDO (A ver si este desbarata
lo que antes adelantamos.) (*Se sientan.*)
Yo he sido algo calavera,
pero ahora no lo soy;
ayer no era lo que hoy,
hoy no soy lo que ayer era.
Hoy tengo mas esperiencia,
mas no sé lo que me ha dado,
Juan, porque me he enamorado
al poner el pié en Valencia.
JUAN. Bien, eso es muy natural,
no tengo de qué estrañarme.
RICARDO Es que he pensado casarme
muy en breve.
JUAN. No está mal.
Si en el casamiento gana,
ó hay un verdadero amor...
RICARDO Lo que es eso, sí señor.
JUAN. Y quién es ella?
RICARDO Su hermana.
JUAN. Salvadora?
RICARDO Salvadora.
JUAN. (Mi mujer! Está borracho.)
RICARDO La adoro.
JUAN. (Y no tiene empacho
en decirme que la adora.)

RICARDO Es hermosa, no la adulo,
bien me puede usted creer.
JUAN. (Vamos, lo echaré á perder
si no guardo disimulo.
Haber si desiste.) Amigo,
usted anda equivocado;
qué golpe tan falso ha dado!
RICARDO Por qué?
JUAN. Porque yo lo digo.
Fuera una infamia engañarle,
Ricardo, por ser el hijo
de un amigo, y yo colijo
que debo desengañarle.
RICARDO Desengañarme? De qué?
JUAN. Del gran error en que está.
RICARDO Qué error? Usted lo dirá.
JUAN. Sí señor, yo lo diré:
me manifiesta que tiene
amor...
RICARDO Sí, hácia Salvadora.
JUAN. Bien, pues yo le digo ahora,
Ricardo, no le conviene.
RICARDO Y para no convenirme,
dígame qué inconvenientes
median?
JUAN. Los hay diferentes.
Tenga la bondad de oirme:
Si alguna vez se exaspera
ó irrita, no digo nada,
pues cuando está incomodada
no es mujer, es una fiera.
Si en los dias de mi vida
á otro hombre le diese gana
de casarse con mi hermana,
se la daria enseguida.
Pero á usted yo no le quiero
engañar de ningun modo,
pues siendo mi hermana y todo,
le digo bien claro el pero.
Cuando me quiero oponer
á sus arranques soberbios,
le dan ataques de nervios,
soponcios, y he de ceder.
Y tenga usted entendido
que su adusto genio abona
el... (no atiende, reflecsiona,
creo que le he convencido.)
RICARDO (Fijarse en una mujer

y al primer inconveniente
desistir, no es de valiente;
nada, morir ó vencer.)

JUAN. (Calla, bien sale el enredo.)

RICARDO A pesar de esas razones...
ya vé usted... ciertas pasiones
nos vencen, y yo no puedo
desistir.

JUAN. (Pues no retira.)

RICARDO Y que la adoro repito.

JUAN. (Llevaré en la frente escrito
que lo digo es mentira.)

RICARDO Y el caracter detestable
que la atribuye, no creo,
porque en ella solo veo
una mujer muy amable;
y aun tengo mas confianza
en su amor, porque hace poco
la dije que estaba loco
por ella, y me dió esperanza.

JUAN. Ella?

RICARDO Sí.

JUAN. (Estoy en un brete.)

RICARDO La dije que la adoraba,
y contestó que me amaba.

JUAN. (A que le doy un cachete.)

RICARDO Ya vé qué amabilidad,
qué tratable.

JUAN. Sí, (en esceso.
Me detengo, porque eso
no debe de ser verdad.)
Usté ignora, á lo que veo,
que cuando monta en furor,
todo su amable candor
es rabia.

RICARDO Cá! No lo creo.
Y de ello estoy muy ufano,
porque oyó mi peticion,
y con marcada pasion
ella me alargó su mano.

JUAN. (Salvadora!)

RICARDO Y á más de eso,
en la primera entrevista
permitirme...

JUAN. (Dios me asista.)

RICARDO Imprimir en ella un beso,
y otro, y otro.

JUAN. (Esto es sufrir...)

RICARDO Y más besos imprimir.
JUAN. Hombre, bien, basta de imprenta.
RICARDO Pero si es muy natural,
y esa impresion nada tiene...
JUAN. La impresion que no conviene
la descabeza el fiscal,
y me cabe ese derecho
como fiscal de su honor.
RICARDO Pero no es justo, señor.
JUAN. Lo es porque yo lo he hecho;
y con mentira ó verdad
ponga usté un punto á su boca,
que aquí nadie me revoca
porque soy autoridad.
RICARDO Deje el tono magistral,
que hoy, ~~casi~~ somos republicanos,
nos tratamos como hermanos
y se suprime el fiscal.
JUAN. Ah!.. sí. (Este debe ser
muy rojo en la cosa pública,
y entenderá la república
pretendiendo á mi mujer.)
RICARDO ¿Qué dice?
JUAN. Lo he de pensar.
RICARDO Pues bien, diez minutos doy
para pensarlo, me voy,
pero vuelvo al terminar
ese plazo.
JUAN. (Qué porfía.)
RICARDO Al momento estoy aquí;
en tanto pensará?
JUAN. Sí.
RICARDO Adios.
JUAN. Adios.
RICARDO (Será mia.) (*Vase, foro.*)

ESCENA VIII.

Juan.

Que no hiciera el Dios del cielo
y su córte celestial
que te atacara aquel mal
de cólera, y por consuelo,
que una certera pedrada
te rompa cuatro costillas,
ya que tú de mis casillas
me sacas con con tu embajada.

¡Ay Señor! Lo que dirían
de mí si esto se supiera;
por allá por donde fuera
todos se me reirían.
Y cosa muy natural,
que usando un tono chancero
dijesen, Don Juan Cantero
es un... eso, sí, cabal.
Y aun seguiría detrás
algun punzante vocablo.
Salvadora! (*Llamando.*) Voto al diablo!
Pues no me faltaba mas!

ESCENA IX.

Juan y Salvadora.

JUAN. Ven acá mujer infame,
porque estoy desesperado;
crees que soy algun babieca
ó algun tonto porque callo?
Pues no se me pasa nada,
que tengo muy buen olfato,
y á pesar de tu reserva
ya he descubierto yo el ajo.
Conque queríais pegármela,
y que fuera yo rascando
al compás de vuestra orquesta
un instrumento tamaño.
Pido mucho disimulo
porque no descubra un átomo
el forastero, mas tú
haces de tu capa un sayo;
es decir, á tu capricho
obras de mi honor en daño.
Se te declara, le atiendes;
pide amor, dasle sobrado;
insiste, le dás cordel;
luego le alargas la mano,
te la manosea y besa,
y el marido paga el gasto.
SALVAD. Pero tú ignoras...
JUAN. Ignoro,
y con ello alivio hallo,
porque Dios sabe en mi ausencia
qué habrá salido del cántaro.
(Si ha sabido que es casada,
la persigue, y él es guapo,

ella tonta, él cataplasma,
ella frágil, y él osado
luego asedia, ella resiste...
ó no resiste, ahí está el caso.
¡Qué gusto dán estas dudas!
¡Qué placer el ser casado!)

SALVAD. Pero quieres escucharme?

JUAN. Calla, que me desbarato,
y ahora mismo armo un jaleo
mas grande que el de Lepanto.
(Yo que la creía un ángel
cuando fuí á pedir su mano,
y lo es, no cabe duda,
pero es un ángel con rabo.)
Cuando Dios hizo este mundo (*Para sí.*)
y hubo ya al hombre formado,
yo creo que le diría,
tú en la tierra eres el amo.
Mas luego, al verle tranquilo,
diría para su sayo:
Este hombre ignora qué es bien,
y de él se encuentra cercado.
Y entonces para tormento
de aquel ser afortunado
creó Dios á la mujer,
la hizo vivir á su lado,
él la amó, y ella en su instinto,
cuando se hubo cerciorado
de que era su esposo el único
hombre en el mundo, anhelando
ya con quien pelar la pava,
la peló con el diablo
que en la forma de serpiente
se enrrollaba por un árbol.
Y la mujer hizo al hombre
comer del fruto vedado,
y sufrir el crudo invierno,
y el fastidioso verano;
todo por ella, resumen,
que la mujer, por lo tanto,
fué la enfermedad primera
que afligió al género humano.

SALVAD. Con calma te estoy oyendo,
pero se me va acabando,
y antes que tal caso llegue
me retiraré á mi cuarto;
que estoy segura que Dios
te ha dejado de su mano,

ó tu juicio se ha perdido,
ó debes estar borracho.

JUAN. Oh! (*Levantando una silla.*)

SALVAD. Ay! (*Huyendo por la izquierda.*)

JUAN. Hé aquí el matrimonio.
Tierno y dulcísimo lazo
en que puede una mujer
á su marido engañarlo,
y si él descubre la trama
entonces está borracho.
Voy á entablar el divorcio,
pero ¿cómo he de entablarlo
si no hay un hecho, una prueba?
Y si en mi furor la mato,
la ley, la recta justicia
viene y me sienta la mano.
Y esto es ley, esto es justicia?
¡Oh mundo! ¡Oh burdel¡ ¡Oh caos!
Voy á buscar á ese hombre
y vaya el dinero al diablo. (*Vase.*)

ESCENA X.

Salvadora.

Cree mi proceder nocivo;
no queriéndome escuchar
me es imposible esplicar
de mi conducta el motivo.
Yo la escritura quería,
por eso lo que buscaba
era ver si la rasgaba,
y la victoria fué mía.
Para mí ya ha concluido,
es comprometido el caso,
y si no termina, acaso
el mal... sí, sí, le despido
cuando venga.

ESCENA XI.

Salvadora y Ricardo.

RICARDO Caballero.

SALVAD. (El.)

RICARDO (Escena cambiada.)

SALVAD. (Estoy temblando por nada.)

RICARDO (Mas casi el cambio prefiero.)

Felíz la casualidad
que aquí me trae, Salvadora.
Hola! Desdenes ahora?

SALVAD. (S acerca la tempestad.)

RICARDO No se ría, no, muy bien;
haciendo la desdeñosa
está mucho más hermosa.

SALVAD. Gracias.

RICARDO Y sigue el desdén.

SALVAD. (No sé cómo comenzar.)

RICARDO Está usted de mal humor,
Salvadora?

SALVAD. No señor.

RICARDO Me quisiera equivocar.
Está ofendida?

SALVAD. Yo? no.

(*Juan entra por la puerta de la derecha, y se oculta en la del foro.*)

RICARDO Sí lo está, y no es maravilla,
mas tan ténue nubecilla
disiparla sabré yo.

SALVAD. (Llevas tú mala embajada.)

RICARDO He hablado ya con su hermano
y le he pedido su mano,
mas no hemos quedado en nada.

SALVAD. Ah! Conque usted le ha contado...

RICARDO Lo que media entre los dos.

SALVAD. Hé ahí mi ofensa.

RICARDO Por Dios
señora, tan mal he obrado?

SALVAD. Mal, porque exigí de usté
que no le dijera nada,
faltó á la palabra dada,
luego hay delito, porque
siendo mi fin invariable
el que Juan nada supiese...

RICARDO Vá! pues si el delito es ese
es delito perdonable.

SALVAD. No, nó es digno de perdon.
Confiese que faltó.

RICARDO Sí,
falté hablando.

SALVAD. Siendo así,
me he ofendido con razon.

RICARDO Yo, mi amor...

SALVAD. (Amor de moda.)

RICARDO He declarado...

SALVAD. (Con arte.)
Llévelo usted á otra parte
porque á mí no me acomoda.
(Ya la he soltado.)
RICARDO Señora,
me desprecia usted?
SALVAD. No tal.
RICARDO Me despide, que es igual,
me ha engañado, Salvadora.
Mas yo no desistiré,
y aun siendo un impertinente
cual se dice vulgarmente,
con más afán la querré.
SALVAD. Y el premio de tanto afán
será mi honra mancillada.
RICARDO Por qué?
SALVAD. Porque soy casada.
RICARDO Casada! Con quien?
SALVAD. Con Juan.
RICARDO Usted casada con él?
SALVAD. Sí señor, de qué se espanta?
JUAN. (Tiró el diablo de la manta
y se descubrió el pastel.)
RICARDO Con su hermano estar casada?
Señora, eso es imposible.
SALVAD. Sepa usted que es muy posible
no siendo hermano.
RICARDO Ahí es nada.
Es decir, que es su marido
Juan?
SALVAD. Un ministro de Dios
nos casó há un año á los dos.
RICARDO (Aun puedo sacar partido.)
El ser casada, señora,
no esclaviza el corazon,
nadie evita una pasion,
ámeme usted, Salvadora.
SALVAD. Jesus, peticion así
me indica en estos momentos
que ignora los mandamientos
de la ley del Sinaí.
Y aunque en ello tenga pena,
no debe usted olvidar
que *el nono no desear*
manda, la mujer ajena.
No obstante, yo no me ofendo,
pero á mi honra me acomodo,
que hay un Dios que lo vé todo,

y ese Dios nos está viendo.

RICARDO Es verdad. (Golpe cruel.)
Dios vé todos nuestros pasos,
(y á mí nunca en estos casos
me ocurrió contar con él.)
Yo el obstáculo quité
que tal enlace impedía.

SALVAD. Eso es lo que yo quería
y lo que por fin logré.
Así no hay que indemnizar
capital ninguno.

RICARDO No,
mas mi padre me mandó
ese juramento alzar.
Ya vé que nada he perdido
y que lo mismo me quedo,
(mas si sé antes el enredo
no se me hubieran reido.)
Discúlpeme usted, si quiere,
con su marido, señora,
pues no pienso, por ahora,
volver mas.

SALVAD. (Así lo hiciere.)

RICARDO (Ricardo, lucido estás)
Adios.

SALVAD. Adios.

RICARDO (Y es bonita;
aun le haré alguna visita,
pero... no, no vuelvo mas.)

RICARDO Dispénseme.

SALVAD. Dispensado.

RICARDO Adios.

SALVAD. Adios. (Van tres veces.)

RICARDO (Dentro de dos ó tres meses
volveré á tentar el vado.) (*Vase.*)

ESCENA XII.

Salvadora y Juan.

JUAN. Gracias, Salvadora, todo
lo he escuchado desde allí,
y me doy la culpa á mí
al juzgarte de mal modo.
Tu proceder singular
veo, que creí nocivo,
pero tenía motivo
arto para sospechar.

3 0112 127857750

SALVAD. Bien, pero tén entendido
no juzgar por apariencias,
pues tienen mil diferencias
el hecho y el parecido.
Si de mi victoria quieres
ver otra prueba mas fiel,
mira ese roto papel. (*Por los trozos que arrojó Ricardo.*)

JUAN. ¡Cuánto saben las mujeres!

SALVAD. Y si de tu esposa tienes
sospecha, no se la digas,
porque con ella castigas
la paz, que es bien de los bienes.

JUAN. No, jamás sospecharé,
y si llegase tal caso,
no daré ni un solo paso
hasta que seguro esté.

SALVAD. De esa manera, felices
seremos hasta la muerte,
porque el obrar de otra suerte
fuera hacernos infelices.
Y con que Dios nos apoye,
nuestra dicha está colmada
si acompaña una palmada
del público que nos oye.

Juan

FIN.